DT 06 20

Decía el año pasado, presentando la Sexta Sinfonía, que para algunos la música de Tchaikovsky tiene fama de efectista y sensiblera, defectuosa en su forma e incluso ramplona. Algo hay de ello, más o menos según las obras, pero se exagera. Con todos sus defectos y debilidades que no se encuentran en los clásicos, la música de algunas obras de Tchaikovsky es grande e importante y más universal que la de la mayoría de los compositores rusos.

En sus grandes obras, Tchaikovsky no es un compositor ruso, sino occidental, y en ellas, de ruso, hay poco más que el uso, muy bello, de temas populares autóctonos como material melódico. Buena parte de los defectos formales de los que se acusa Tchaikovsky y de los que él era consciente vienen de que es un melodista casi demasiado bueno, porque una melodía completa en sí misma no es susceptible de verdadero desarrollo, sólo puede ser repetida, aunque en manos de un maestro como Tchaikovsky pueda ser repetida y modificada bastante hábilmente para crear interés dramático. Precisamente esa repetición de melodías maravillosas, que es un recurso fácil, y la obvia emoción enfática del autor, junto con la riqueza del color orquestal, es lo que conmueve con razón al público en general.

Quien quiera progresar en la apreciación y en el disfrute de la música, ha de ir explorando otros campos menos inmediatamente seductores, ha de concentrarse sobre todo en los clásicos. Pero a mí me parece justo que haya pocos músicos más populares que Tchaikovsky y pocas obras más asentadas en el gran repertorio y que merezcan un lugar en la discoteca básica que algunos de sus ballets, sus últimas sinfonías y sus conciertos para piano y violín. Hay literatos kitsch, cineastas de tercera fila cultural y eventuales políticos que creen que el primer concierto para piano de Tchaikovsky, o el segundo de Rachmaninov, o alguna sinfonía de Mahler, son lo más grande que se ha escrito.

Pero ni la popularidad justificada ni las arbitrarias opiniones de los advenedizos deben ofuscar la verdadera calidad del primer concierto para piano de Tchaikovsky. Tiene sin duda algo de brillante superficialidad, pero también la altura de sus sinfonías de madurez. El primer concierto para piano de Tchaikovsky es una piedra de toque para los grandes pianistas.

La interpretación canónica es la de Richter, acompañado maravillosamente por Ansel y la filarmónica checa. Por el pianista las referencias históricas son la de Richter con Karajan e incluso la de Horowitz con Toscanini, pero hay buenas versiones recientes y perfectamente recomendables. La de Gavrilov con Muti, la de Gilels con Madzel o con Meta, esta última reeditada en compacto, o la que estamos oyendo de Argerich, acompañada por Dutoit, también en compacto.